

¿Por qué escribo poesía?¹

O sobre el peregrino intento de explicar una intuición

La primera vez que sentí mis pies separarse levemente del suelo, miraba hacia arriba; hacia el tope de una estrecha escalera que se entorchaba a una luz intensa, derramada desde una ventana que no alcanzaba a distinguir. Fue cuando por vez primera la vi. Era un día de lluvia y se llamaba Marisol. Subía; cubierta aún con su impermeable amarillo; salpicando su alegría sobre mí.

Desde ese encuentro, en cada recreo, la buscaba. Siempre que podía miraba hacia su pupitre, deseando atrapar su mirada y fascinado por los hoyuelos de sus mejillas al sonreír.

No sabía cómo hablarle. Ni siquiera me le acercaba. Fue cuando comencé a escribirle cartas. Cartas que doblaba cuidadosamente y metía en un sobre estampado en sus bordes con entrecortadas líneas rojas y azules, inclinadas, como si gracias a eso mi carta pudiese llegar más rápido a sus manos, según decía en una esquina: «*por avión*».

En ese tiempo mi mundo estaba hecho por *Súperman*, *Batman*, los astronautas, mi hermana y mis padres. Así que no sé qué pude haberle dicho –y creo que me sentiría mucho más ridículo aún de recordarlo y decirlo aquí, ante ustedes.

Aunque ella nunca me dijo nada –y creo que me eludía–, algo debieron haber logrado mis cartas, pues su mamá me invitó, risueña, a su cumpleaños. Recuerdo saltar sobre una nube cuando nuestras madres nos animaron a bailar juntos, con aquella canción de *Los Tres Tristes Tigres* que comenzaba diciendo: «*Quizás sea pronto, pero yo me quiero casar...*»

Muchos años después yo era otro y ella era otra. El que entonces iba siendo había guardado una butaca en el teatro del Celarg para aquella que era esperada. Cuando Antonio Skármeta comenzó a hablar, sentí que sus palabras eran burbujas dulces que me estallaban en la punta de la lengua.

Le escuché decir que él había comenzado a escribir, como casi todos, «...*para enamorar a las muchachas...*». Por eso me he sentido autorizado a explicar aquí por qué escribo poesía desde un recuerdo íntimo. Porque si acaso pudiese llamarse esto una “explicación”, es decir, la exposición ante ustedes de las causas de un misterio, de un “algo” que no conocemos –tal y como solicita la pregunta que titula este momento–; si pudiese hacer eso; siento que debería intentarlo desde dos momentos de la película basada en *Ardiente paciencia*: uno, el momento en que el cartero le dice al poeta que «...*la poesía no es de quien la escribe, sino de quien la*

¹ Ensayo escrito para participar en el programa de *Foros literarios* organizados por el Departamento de Humanidades, el Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri (CELAUP) y el Prof. Karl Krispin; de la Universidad Metropolitana (Caracas, Venezuela); bajo el título *Poesía, espacio y tiempo. Reflexiones hacia la escritura poética*. Evento efectuado el día miércoles 28/10/2015, en el auditorio Fundación Polar y junto con la participación de los escritores Graciela Yáñez Vicentini y Alfredo Chacón.

necesita...»; y el otro, la imagen final, del escritor quedándose íngrimo, empequeñeciéndose al pie de un inmenso acantilado y ante un océano gris, helado, voraz; como ha de serlo el olvido.

«El corazón tiene más cuartos que un hotel de putas...» pensaba Florentino Ariza. Quizás no han sido muchos los amores que me han impulsado a escribir. Pero cada uno ha sido tan intenso como el temor que siento al hablar cara a cara. Por eso la escritura es la más fascinante máscara que he aprendido a vestir. Porque detesto al que veo cada mañana en el espejo del baño y no al que escribe. Él, que escribe a través de mí, pone su mano en mi hombro y me silencia, me serena. El soñador que me sueña, pide que escriba lo que sueño. Y cada amor es un sueño; cuando amar, según enseñaba Diotima de Mantinea, «...es la posesión permanente del Bien...» o, parafraseando a Fromm, la necesidad que se siente de cuidar e iluminar la vida de otra persona: «...no te amo porque te necesito; te necesito porque te amo».

Son muchas las vidas que se han sedimentado en el cauce de esta vida que se me ha permitido sentir fluyendo dentro de mí. Vida que en ese limo se va volviendo balbuceos, verbos, versos, incluso a veces, oraciones. Siempre, palabras.

Palabras que recobramos lentamente desde el atisbo de un recuerdo; desde una gota de alegría que nos salpica; desde una butaca que permaneció vacía; desde cada paso que dimos en la noche, buscando a quien se fue sin haber llegado.

Palabras que quizás obren el milagro de pulsar esa exacta cuerda del ser, para producir la sonoridad que en un instante de su vida, una persona que no conozco, necesita para continuar respirando, presintiendo, anhelando.

Algunas palabras con las que poder estar aquí, por años, en la tierra, no más cercanos ni lejanos que un recuerdo que inspira.

He dicho por qué escribo. Me faltaría tratar de columbrar por qué poesía y no prosa.

La escritura poética es un puente colgante; un puente hecho de tablas y cuerdas; sobre un vacío insondable.

La escritura en prosa es la columnata de Bernini, el Taj Mahal, el edificio Chrysler en Manhattan.

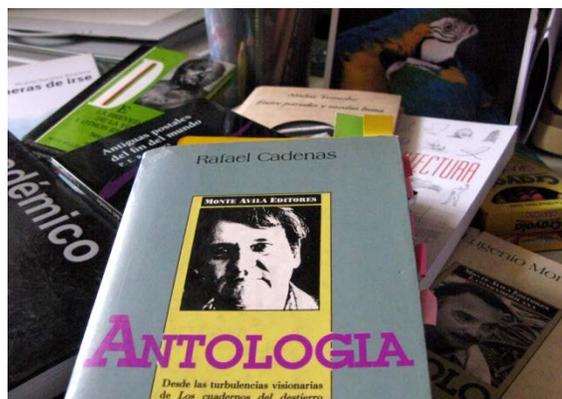
La escritura poética es Ícaro, en el justo instante más cercano a la caricia del sol. La escritura en prosa, es Dédalo, ensamblando las alas con la esperanza de escapar, orgulloso y feliz, junto a su hijo.

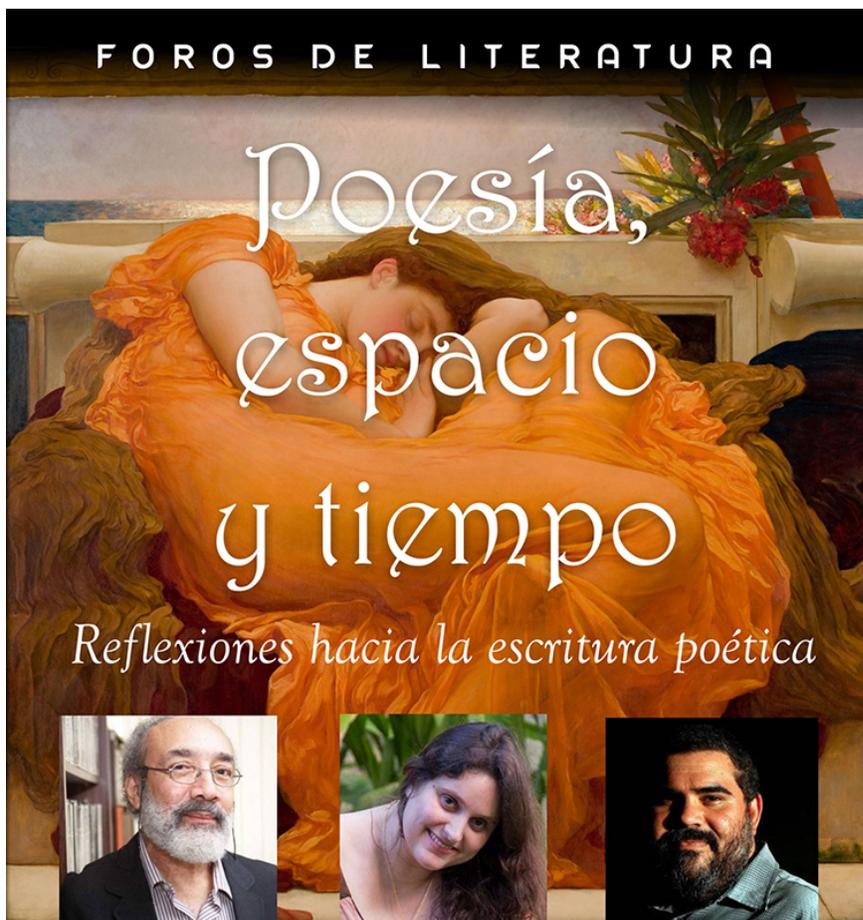
Nada más sé decir.

Nada más.

Gracias.

© Hernán Zamora





Alfredo Chacón



Graciela Yañez Vicentini



Hernán Zamora

Moderador: Karl Krispin

Miércoles 28 de octubre / 10:30 a.m.
Auditorio Fundación Polar.
Edificio de Aulas I. Universidad Metropolitana

Departamento de
Humanidades



REF-100604776

Más información: 0212 - 240 3810 / celaup@unimet.edu.ve